PQ8549
.M424
R6

Augusto Méndez Loynaz

Rosas Primerizas

Tip. "La Semana" - 1908

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA

BOOK CARD

Please keep this card in
book pocket

ISAS-PRIMERIZAS—K

PARTI TLE

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

LUX
LIBERTAS

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ8549
.M424
R6

Digitized by the Internet Archive
in 2014

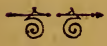
https://archive.org/details/rosasprimerizas00mend

AUGUSTO MÉNDEZ-LOYNAZ

PQ 8549
.M424
R6

Microfilmed
RC SOLINET/ASERL PROJECT
1990-92

Rosas Primerizas



CARACAS
TIP. DE RÓMULO A. GARCÍA
1908

Al Ilustre Restaurador de Venezuela y Presidente Constitucional de la República,

Benemérito General Cipriano Castro,

dedico la presente obra como un sincero homenaje de gratitud y de admiración.

El Autor.

Caracas - Octubre - 1908.

PRÓLOGO

Para el libro de versos de Augusto Méndez Loynaz

Ha querido la fortuna, de suyo injusta para sus preferencias y desvíos, que sea yo, no por títulos de personales aptitudes ó merecimientos, sino por amistosa distinción, quien al proscenio de las letras venga del brazo con un poeta joven, cuyo espíritu, rendido á los deliquios del Arte, debuta en el libro con la no estudiada maestría de los ruiseñores, cuando desatan el raudal de sus gorjeos, como primera ofrenda de artistas enamorados, al inefable conjuro del esplendor de la Naturaleza.

Si me abruma el honor, me satisface la preferencia; y como es éste un libro de alma, y á ser de primera fila en materia de sentimiento tengo justificadas pretensiones, me figuro que estaré holgadamente bien al comienzo de estas páginas, en las que repartió colores y perfumes la musa candorosa de uno

de esos raros seres, que atacados nacieron de la *imposibilidad crónica de vivir* en el atrofiante medio de realidades que determinan la característica de la época.

Las bellas estrofas de que es este volumen cofre preciosísimo, tienen la juventud y tersura de nuestras rosas núbiles y el frescor de sus pétalos, color de carne erubescente y virgen; se han nutrido con savia de nuestra flora y estremecídose—mariposas de amor—á la caricia luminosa del sol de los trópicos; hanse visto con femenil coquetería en el espejo de nuestros lagos, y algo tienen de sus besos húmedos, de sus perlas efímeras, de sus opalinas y vacilantes lejanías; han flotado como niebla imprecisa en nuestras cándidas mañanas, y mucho saben de la niñez del día; hanse arrebujado somnolentes en los pliegues del manto de la noche, y saturadas vienen de su melancólica gravedad.

Dulces y conocidas impresiones que de luz se han vestido á la magia de un temperamento privilegiado, son las estrofas estas! Búsqueselas murmurantes é inquietas al abrigo languideciente de las frondas, palpitantes y alegres como aves que sacuden sus plumas á la indecisa claridad de los crepúsculos matinales; tímidas como lirios blanquísimos al ardor de la luz cenital ó á la gigante orques-

tación de la tormenta; candorosas ahora, vivaces luégo, dolientes más tarde,.... sinceras siempre! Nacieron en los dominios de un alma que extiende sus alas á regiones extraterrenas y que rinde permanente culto á la Verdad y á la Belleza.

El trovador que las trae en sus alforjas de visionario, es oriundo del país de los sueños. Allá tiene sus audacias, sus tesoros, sus seguridades para el porvenir, sus inmensos antecedentes, su garantía permanente de éxito. Allá es feliz!....

No le pidáis adscripción servil á esa ciencia envejecida, gastada y tiránica que se ocupa de la manufactura de versos, con sus intolerancias de chochez, sus arrugas, ya no disimuladas por los académicos afeites, sus últimas modas de no sé cuántos siglos atrás; pedidle espontaneidad, independencia, arte!

Es sacerdote de la religión de que fué apóstol Virgilio y Pontífice Máximo el ciego clarovidente de la Ilíada. Lée con el candor del primero en el gran libro de la Naturaleza, y es para la prosa de la vida, ciego como el segundo cuando oficia en el altar de sus dioses, al canto del armonium de las fuentes, bajo la fresca nave de las frondas, é iluminado, como por cirios místicos, por la mortecina luz de los crepúsculos.

Si algo necesita de indulgencia en este libro, es de seguro y solamente, esto que escribo á manera de prólogo. Para lo demás no apelo á vuestra generosidad, lector; acudo á vuestra justicia en demanda de merecidos aplausos.

Poeta!.... A qué ocuparme de la filiación que tienen tus delicados versos en el árbol genealógico de los que han rimado y riman sus impresiones, distribuyendo notas de divino pentagrama en sus sonrisas y luz de extrañas auroras en sus lágrimas? ¿A qué buscar qué fuente de las que han poblado de rumores el ambiente de la literatura ha dado impulso al dulce, vigoroso raudal de tus cadencias, si sólo he querido ocuparme en que son bellas, y decirlo así al lector en el calor de mi entusiasmo, y bajo la exclusiva fe de mi palabra, en ésta como en otras oportunidades garantía de que tengo el valor de mis pretensiones?

Ante el árbol vigoroso y joven de tu obra no es dado á mi temperamento de artista echar mirada á tierra para desentrañar sus raíces. Creeríame reo de un delito de lesa majestad para la color y la belleza de sus flores....

A la vera del raudal de tus cantos, no hago viaje de agrimensor en busca de la pie-

dra sobre cuya mejilla, á manera de llanto, rodaron sus primeras gotas; sería eso atentatorio por la trasparencia de su linfa; trocaría malamente el frescor de sus emanaciones por la prosaica vanidad de un esfuerzo de geológica investigación..... Bien está que su origen, sus curvas, sus modificaciones y diferencias se queden para los sabios; me basta, y de ello estoy satisfecho, con el encanto de su placidez y la deliciosa armonía de sus rumores.....

Oye; no tiene yá, ó todavía no tiene la tierra, el abono dilecto para que la simiente que riegan los poetas estalle en plétora de exquisitos frutos; pero jóven, rico de ilusiones, y con la mente llena de luz, harías un robo á la obra común y consumarías uno como suicidio moral, no dejando que las alas de tu espíritu asciendan en vuelo siempre creciente hacia las regiones para que fueron creadas.

Sigue, pues, esparciendo flores y repartiendo luz. ¡Misión es ésa de los séres privilegiados que pertenecen á la dinastía del sentimiento y de la inteligencia!....

Jacinto Añez.

ROSAS PRIMERIZAS

REDEMPTIO

—

Mísera esclava la que fue radiante
cumbre de gloria y libertad un día,
la Patria, herido el corazón gigante,
en la tiniebla sepulcral se-hundía.

Todo era iniquidad, todo falsía....
Triunfaba sobre el bueno el sicofante;
la torpeza encumbraba á la osadía
y el cinismo brutal á la bacante.

De pronto—legionario de la Idea,
campeón del Derecho—surge Castro....
Truena el cañón, el sable centellea....

Y al jubiloso grito de victoria,
vertiendo luz como en lo Azul el astro,
¡mi noble Patria renació á la gloria!

MAGDALENA

—

A Castor Estrada G.

Magdalena, la linda cortesana
de cabellera rubia y fulgurante
como el fébrido sol que fecundiza
las índicas regiones; Magdalena,
la meretriz ardiente y orgullosa
de ojos fascinadores cual los astros
que á su negro cendal prende la Noche;
la espléndida beldad de frente olímpica,
y de incitante boca—rojo nido
donde, como un turpial, cantaba el beso;
la que esclavos miró de su hermosura
al fariseo príncipe y al fuerte
romano adusto de broncíneo torso,
y cuyas formas hechas parecían
con la nieve de todos los jazmines
y la lumbre de todas las auroras;
la que leda libara en cáliz de oro
estrellado de perlas y zafiros
el falerno de todos los placeres;
hora, bañada en tembloroso llanto,

á los pies de Jesús de hinojos cae,
en casto amor el corazón prendido.
No es ya la rosa de purpúreos pétalos
y voluptuoso aroma: es la azucena
que al frágil rayo de naciente luna
el tallo dobla encantadoramente,
soñando con las plácidas caricias
de blondo arcángel....

*

Sobre muelle alfombra
de húmedas yerbas y sencillas flores,
acariciado por frangantes auras
y bajo el arco de zafir de un cielo
perpetuamente luminoso, el puro
pastor de Nazareth, oye á la dulce,
á la rubia beldad arrepentida,
y en ella clava sus benignos ojos,
azules como el mar cuando se duerme
al beso del crepúsculo....

¡Oh, cuán suave
la mirada del suave Galileo,
y cuán profunda! Esa mirada dice
lo que expresar no puede humana lengua:
es un himno glorioso cuyas notas
tienen la majestad del infinito
y que al llegar á el alma, la estremecen
y en inefable beatitud la inundan.

Vibra su voz cual sistro de diamante
rozado por el pico de una tórtola;
su voz augusta, que la dicha lleva
junto con el perdón al pecho triste
de la maravillosa arrepentida.

Cuando las frases de perdón pronuncia
el Maestro sin par, su noble rostro
con magnífica lumbre resplandece,
y un santo sonreír flota en sus labios:
así un vivo reflejo de alborada
sobre la cresta de lejanos montes!

Y Magdalena, linda como nunca,
ardiendo en gratitud, un beso posa
en la alba frente del Pastor excelso;
beso que es un pedazo de su alma,
un pedazo de cielo en que refulgen,
cual orientales perlas, muchas gotas
de un proficuo llorar....

"Amado mío,
—después exclama la mujer sublime—
¡gracias, gracias te doy, que tu palabra
ha caído en mi pecho atribulado
como un raudal de perfumadas mieles;
como la gran frescura del aljófar
sobre la gran blancura de los nardos!....
¡Gracias, gracias te doy, Amado mío!

Tú eres mi único amor! ¡Sí, mi amor único!
¡Mi tesoro eres tú, manso cordero!

¡ Por tí tan sólo viviré, porque eres
mi día, mi noche, mi rosada aurora !
¡ Oh, blanco y milagroso corderillo :
eres el solo amor de Magdalena !

Oye : ¡ soy toda tuya, toda tuya !
Dispón de mí, Jesús !

Riquezas guardo
cual las que guarda poderoso príncipe
en sus arcas espléndidas. . . .

Un manto
tengo de rica púrpura de Tiro,
en el cual, á manera de luceros,
relampaguean límpidos diamantes
en campo de esmeraldas y amatistes :
¡ oh, qué bien quedará sobre tus hombros
ese manto !. . . .

Poseo unas sandalias
estrelladas de regia pedrería
en un fondo de oro : dulce amado,
¡ qué bien están para tus pies !

Un cofre
guardo también de invalorables gemas :
¡ Contémplalo ! En mi mano resplandece
como la estrella matinal. . . . ¡ Es tuyo !
Acéptalo, Jesús, cual homenaje
de quien te ama con amor sublime,
con tan profundo amor, que ante él parece
hasta la misma eternidad pequeña !"

*

Mas no nació Jesús para la vida
de la infecunda vanidad!
Sereno
dice á la hermosa: tu homenaje es grato
y mi espíritu colma de contento,
gentil amiga!
Mas ¿qué son las gemas,
qué valen, díme, la opulenta púrpura
y el oro ardiente, cuando ya disfruto
el más grande de todos los tesoros:
tu arrepentido corazón, que me ama
como á mi Padre un serafín?....

*

La rubia,
la bella hija de Magdalo, el cofre
lanzó á la tierra en ademán augusto;
y al estrellarse contra aguda piedra
el cofre—joya de alabastro y oro—
dejó escapar de su aromado vientre
primero un brazalete de rubíes,
después una gran sarta de topacios,
un chorro esplendoroso de diamantes
y un diluvio magnífico de perlas!

*

Lágrima temblorosa de alegría
surcó la faz del inmortal Profeta;
mientras en la radiante lejanía
el sol su disco enrojecido hundía
en un trémulo lago de violeta!

BOYACÁ

—

Del Hegemón glorioso las ínclitas legiones
los Andes tramontaron, cuyas enormes crestas
en el Azul se hunden cual formidables testas
que rayos desafían, y cierzos, y aquilones.

La aurora ríe y tiembla en armas y pendones;
y, bajo las fragantes y vírgenes florestas,
risueñamente avanzan, como á gentiles fiestas,
del Hegemón excelso las ínclitas legiones.

De Boyacá se emprende, al fin, la fiera lucha;
y de victoria el grito retronador se escucha,
que en sus abruptas cumbres despierta á los condores.

Bolívar espolea su fiel bridón guerrero
y á Bogotá penetra, radiante el noble acero,
en medio de sonrisas, y víťores, y flores!

SINFÓNICA

—

Para F. Salcedo Ochoa.

Los clarines fulgecentes
que á los céfiros alígeros
dan sus músicas marciales,
brávos sueños, rojos sueños
en mi fantasía encienden
con sus áureas vibraciones;
y entre vívidos relámpagos
veo que surgen impertérritos
los bizarros escuadrones
que ha cien años tramontaron
las inmensas, rudas moles
de los Andes inmortales.

Los armonium que retumban
—argentinos, vastos truenos—
en las viejas catedrales,
llenan mi alma taciturna
de lumíneas, de serenas,
misteriosas emociones;
y despiertan fulgurando
las purísimas, las suaves,

infantiles ilusiones :
—blancos cisnes inocentes,
blancas nébulas sonrientes,
blancos lirios virginales.—

Al reír de los violines
en el cielo de mi espíritu
nace el sol de la alegría ;
la siringa me recuerda
los parajes deliciosos
que encantó con su armonía,
los parajes que tejieron
con sus rosas y sus pámpanos
de Bïon la excelsa cuna ;

Y á la queja turbadora
de la ibérica guitarra
veo en mis sueños de poeta
un castillo, á su ventana
una virgen pensativa
de ojos dulces de violeta,
y un caballero á sus plantas
que enamorado sonríe
bajo de un claro de luna !

1901.

¡SALVE Á LAS ROSAS!

—

Al poeta Agosto Méndez.

Oh, ¡qué profundo, inexpresable encanto,
rosas, impera en vuestro frágil seno,
ora riáis de los arcanos bosques
bajo el hojoso pabellón espléndido,
ya fulguréis como divinas gemas
entre la pompa de los parques regios,
donde el idilio jubiloso estalla
de aves y céfiros,
mientras ornados de impecables lirios,
de húmeda hiedra y delicado eléboro,
muestran al sol maravillosos mármoles
la grácil línea y el contorno egregio!

¡Salve á las rosas
primaverales de virgíneo aliento,
vivaz poema en que natura canta
su amor á Helios!

Allá, en las noches de zafiro y perla,
cuando en la augusta majestad del cielo
la luna exurge
como exurgiera victoriosa Venus,
desnuda y bella, deslumbrante y casta,
del glauco vientre del sonoro piélago;
allá, en las noches de zafiro y perla
—noches de enero—
es vuestro aroma luminoso esquife
de ebúrneos remos
en que me exilio á la región distante,
embriagadora como un vino añejo,
donde al Azur sus campaniles de oro
férvida exalta la ciudad del Sueño!

Es el trirreme
de gris velamen, perezoso y trémulo,
que me transporta al opalino mundo
de los recuerdos....

Alas benignas,
amables rosas, los efluvios vuestros,
rasgando el frío, taciturno espacio,
raudos me llevan al radioso imperio
que la deidad de la Ilusión fecunda
con el prestigio de sus ojos tiernos!

¡ Salve á las rosas
primaverales de virgíneo aliento,
ánforas leves del nocturno lloro,
feliz asilo del bohemio insecto !

—

Tú, la de blancas
hojas que envidian los polares témpanos,
traes á mi mente la tranquila infancia,
breve alborada del vivir, risueño
querub que al puro corazón imparte
prístina luz y perfumados besos !

Tú, la purpúrea, que en el césped finges
fébrida copa de rubíes trémulos,
ó la expresiva, suspirante boca
de árabe virgen que abrasó el deseo ;
tú, me recuerdas
el fausto día, de delicias pleno,
en que á la hora en que el ocaso exhibe
sus finos rasos y sus oros viejos,
al dulce arrullo de cantora brisa
y bajo umbrátil bucaral sangriento,
besé la gloria de unos rizos blondos,
mordí la fresa de unos labios frescos....
¡ Con rosas rojas coroné ese día
la griega frente de mi noble dueño !

Rosa que ostentas el rosado tono
que inunda el cielo
al asomar la sonrïente aurora
sobre su plaustro volador de argento:
de tu color las musicales linfas
del lago extinto de mis dichas fueron;
de tu color las ilusiones visten
que alienta aún mi adolescente pecho
y el hada buena que esparciendo flores
canta en mis sueños....

Rosa amarilla:
tiene tu seno
la sugestiva languidez del cirio
que se consume en el santuario austero;
la de la monja de marchitas carnes
que entre columnas de azulado incienso,
deja caer de su inocente espíritu
la ofrenda intacta de sus castos rezos,
como el naranjo, al sacudirlo Eolo,
vierte una lluvia de nevados pétalos!

Cuando al claror de moribunda tarde,
rosa amarilla, tu corola veo,
en mí se aviva la visión confusa
de viejas cosas y de seres muertos
que en el arcano de sus tristes criptas
revuelve el tiempo....

¡Os amo, oh, rosas
primaverales de virgíneo aliento,
vívidas joyas que natura prende
á su grandioso, fascinante peplo!

***

Los trovadores de gallardas liras
y luminosos diamantinos plectros,
en ritmos dulces cual la uva, oh, rosas,
divinizaron los encantos vuestros.

La copa ornásteis de topacio y pórfido
en que bebiera Anacreonte tierno
la rica sangre de las vides áticas,
férvida fuente de inspirados versos.

Y de Himeneo en las doradas noches
os deshojáis sobre el mullido lecho
en que de ardientes, sitibundos labios
cual ígneas aves volarán los besos.

¡Salve á las rosas, señoril diadema
del campo ubérrimo,
vivaz poema en que natura canta
su amor á Helios!

Caracas: 1905.

LAS NUBES

—

Misteriosas hermanas del mutismo
que formas varias á la vista ofrecen,
las nubes en el cielo resplandecen
como los pensamientos del abismo.

Perfidia y suavidad á un tiempo mismo,
ahora se agigantan, ya decrecen;
y al estallar la tempestad, parecen
los escombros de un vasto cataclismo...

Mas cuando apaga el sol sus resplandores,
ritman las nubes, en tropel radiante,
el poema triunfal de los colores;

fingiendo entonces la celeste esfera
la cúpula suntuosa y fascinante
de la gran catedral de la Quimera!

EN LA MONTAÑA

—

Cae la tarde.—En los claros de la montaña
pinta el sol tremulantes figuras de oro;
dan las aves sus cantos en triste coro
y entre su red acecha la negra araña.

El ave del crepúsculo el cielo empaña
con su inmenso plumaje multicoloro;
mientras hiende el espacio limpio y sonoro
de los grillos ocultos la nota extraña.

Los rumores se extinguen... En la alta esfera
se destacan los últimos, breves celajes,
como un deshojamiento de níveas rosas;

Y al desplegar la noche sus brunos trajes,
el sueño, con sus alas de adormidera,
se cierne lentamente sobre las cosas!

ROSA MÍSTICA

—

Intensamente os amo, custodias rutilantes
de oro y de rubíes, de perlas y diamantes,
que en el altar, vestido de gasas y de flores,
reís entre el incendio de vívidos colores
que en la vidriera gótica suscitan los temblantes
besos del sol que muere en los cielos distantes.

Custodias milagrosas, que en vuestro cerco breve
aprisionáis la estrella de la hostia de nieve:
antes vosotras ¡ cuántos heridos corazones
os dieron con su llanto sus tristes oraciones!
¡ cuántos, del Mal huyendo la mordedura aleve,
la fuerza os impetraron que contra el Mal se atreve!

El pensamiento, raudo, me lleva á aquellos días
de las caballerescas, insólitas porfías,
en que la fe intocada, solemne y seductora,
se cernía en las almas como una inmensa aurora,
poblándolas de extrañas, celestes armonías,
cual de rumores pueblan los vientos las umbrías.

Ante mi vista surge la antigua castellana
de altivos, negros ojos y nívea faz lozana,
que en el sombrío fondo de la capilla austera
oliente á fino incienso y á consumida cera,
sobre pérsica alfombra de arabescos de grana,
en actitud de arrobo, una oración desgrana.

Contemplo los rugosos prïores macilentos,
los prïores rugosos de los viejos conventos,
que al asomar la luna por el confín lejano
como el redondo escudo de un gladiator romano,
en las medrosas celdas de toscos lineamientos
á Jesu-Cristo elevan sus puros pensamientos.

Miro las monjas pálidas, de pupilas radiosas,
de sienes donde apuntan auréolas gloriosas,
que, en los adustos claustros donde funda su imperio
el invisible arcángel de la paz y el misterio,
son ovejas humildes, primaverales rosas
que en el incendio arden de las divinas cosas.

Los cenobitas miro de barba floreciente
y blanca, cual la orla de espumas de la fuente;
los graves cenobitas de enigmáticos ojos
que, ocultos en cavernas tapizadas de abrojos,
al Hacedor imploran en plegaria elocuente
que benigno perdone la pecadora gente.

Oigo el rumor confuso de las fiestas sagradas
en las regias basílicas de luces estrelladas;
rumor que á lo alto asciende con el trueno de oro
que desde el coro exhala el armonium sonoro,
mientra el incienso teje quimeras nacaradas
y brillan las estolas de gemas empedradas.

Toda la edad aquella de fe, de sacro anhelo
ante mis ojos rasga su dilatado velo;
y se embebe mi alma en la melancolía,
en la rara tristeza de una rara poesía;
y la Duda, alejando, alejando su duelo,
á mi espíritu llega, llega un algo de cielo.

Venturosos recuerdos de la infancia perdida
á visitarme vienen en ronda bendecida....
¡Oh, la infancia tranquila, con sus días risueños
en que bajan los ángeles á inspirar nuestros sueños,
á decirnos sonrientes, con su voz conmovida,
deliciosas leyendas de la perenne vida!....

Intensamente os amo, custodias rutilantes
de oro y de rubíes, de perlas y diamantes,
que en el altar, vestido de gasas y de flores,
reís entre el incendio de vívidos colores
que en la vidriera gótica suscitan los temblantes
besos del sol que muere en los cielos distantes!

LEYENDA

—

Para José Oliva Stábila.

Preso en la red diabólica
de una codicia intensa,
en colosal conquista
soñando va el guerrero;
y acariciando, adusto,
la cruz del amplio acero,
se pierde bajo el dombo
de la montaña inmensa.

Con El Dorado sueña,
entre hondos suspiros;
con la ciudad ignota,
fantástica y radiante,
que ostenta cien palacios
de oro y de diamante
y calles empedradas
de perlas y zafiros....

Al peregrino iluso
nada, nada amedrenta,
ni el reptil, ni el abismo,
ni la bronca tormenta....
mas, súbito, una noche
ágil tigre le asalta:

Trábase lid potente....
vence el tigre salvaje....
Después, burlesca luna,
al través del follaje,
con luz de vago tono
sangriento charco esmalta!

OJOS NEGROS

—

Ojos verdes, tan verdes
como el follaje
que forma de los bosques
el regio traje;
tímidos ojos
de vírgenes que miran
entre sonrojos;

ojos claros y azules,
llenos de calma,
que de rosados sueños
pobláis el alma;
ojos que ofrecen
la quietud de los lagos
que se adormecen:

admiración os rindo,
mas no os adoro,
alegres ojos verdes
estriados de oro;
ojos azules
como el cielo al rasgarse
los nocteos tules....

Amo los negros ojos
resplandecientes,
que, cual mágicos astros,
miran ardientes;
los misteriosos
ojos de las morenas,
grandes y umbrosos;

los de las hermosuras
que allá, en Sevilla,
ostentan sus claveles
y su mantilla
en la alta reja,
á do de las guitarras
se alza la queja....

Ellos bañan mi pecho
de honda poesía,
como el sol baña en lumbre
la pampa fría;
y á sus ternezas,
cual nubes se deshacen
ay! mis tristezas....

A sus tiernas miradas
subyugadoras,
iluminan mi mente
raras auroras;
fúlgidos sueños
á anidarse en mi alma
llegan risueños;

como de ruiseñores
festivo coro,
ascienden de mi lira
ritmos de oro,
ritmos triunfales,
que la música encierran
de los raudales,
la nocturna quejumbre
de las palomas,
de las selvas floridas
los cien aromas,
el dulce encanto
de los valles nativos
que quiero tánto;
mi corazón palpita,
mi sangre arde
como el sol cuando muere
triste la tarde;
callo, deliro....
y de mis labios trémulos
¡surge un suspiro!

*

Amo los ojos negros
resplandecientes,
que, cual mágicos astros,
miran ardientes;
los voluptuosos
ojos de las morenas,
grandes y umbrosos!

DESDE EL MIRADOR

—

En el calado mirador soñaba
con la novia ideal que el alma ansía ;
la noche en tanto, llena de armonía,
el campo inmenso de lo azul hollaba.

Como un león, muy cerca, el mar bramaba
y su melena de olas sacudía ;
y la gaviota, despidiendo el día
con bronco grito, á su nidal tornaba.

Y mientra sus tristísimas querellas
rimaba el viento en perezosos giros,
iluminando el piélago, despacio,

una lluvia magnífica de estrellas,
semejante á una lluvia de zafiros,
hendió vivaz el soñoliento espacio !

OCASO

—

Es áureo mar la sideral rotonda,
mar florecido de islas de escarlata;
y de ese inmenso mar frisan la onda,
cual cisnes en tropel, nubes de plata.

En torno al sol, que esconde la faz blonda,
mano invisible, como ofrenda grata
las gemas todas de ideal Golconda
prodiga en muda, ingente catarata.

Y mientras reproduce el deslumbrante
ocaso el lago, verde y palpitante,
surcado por reflejos de amatiste,

gaviota audaz, en rumoroso vuelo,
hiende el espacio soñoliento y triste
entre la pompa irreal de lago y cielo!

CANTA EL CAMINO...

A Eduardo Carreño.

Soberbias cumbres y graciosos prados
serpeando cruzo; y hacia mí se inclina,
así la flor de tonos delicados
como la excelsa resonante encina.

Finjo un turbión de átomos dorados
cuando mi polvo el viento arremolina;
y de ocaso á los besos encantados
adquiero una tristeza que fascina.

Me brinda el bucaral sus escarlatas,
la lucerna sus verdes claridades;
y en el reposo de la noche bruna,

sueño con señoriles cabalgatas
que erraron por mis viejas soledades
bajo la maravilla de la luna....

LA NOCHE BUENA

Al ilustre poeta Andrés A. Mata.

I

EN LA ALDEA.

La noche, de zafiro, coronada
de trémulos diamantes brilladores;
y la luna—magnolia de esplendores—
surgiendo tras la selva perfumada.

Quejas de guzlas, gente alborozada,
chocar de copas, cantos vibradores;
y á lo lejos, gentil, llena de flores,
la lugareña ermita iluminada.

La ermita santa! Ante su altar dorado,
de azucenas y rosas constelado,
garzón piadoso se arrodilla y ora;

Y, al contemplar la leyendaria escena,
inunda su alma, de emociones llena,
una rosada claridad de aurora!

II

EN LA CIUDAD

—

La ciudad, bajo un cielo peregrino
de azul y perlas, plácida se extiende;
y Diana á ella taciturna prende
su diáfano cendal alabastrino.

En las bohemias copas ríe el vino,
en los rostros el júbilo se enciende;
y el áureo són de las campanas hiende,
claro y triunfal, el éter cristalino.

En la suntuosa catedral radiante
piensa el bardo en su fe—cirio expirante—
frente á un altar de gemas y escarlata;

y corre por su faz amargo lloro,
mientras el viejo armonium se desata
en alegre raudal de notas de oro....

1902.

ROSAL MUSTIO

—

Una á una tus rosas se han mustiado,
rosal de mi jardín; y ya pareces,
tocado de mortales languideces,
pobre despojo del abril dorado.

De perfumada púrpura esmaltado,
en románticas noches ¡cuántas veces
á la sombra me viste en que feneces
temblar de amor al ósculo inflamado?

Amarillo rosal: melancolía,
honda tristeza inspira tu agonía;
mientras que del ocaso á los clarores

finges un corazón que ya ha perdido,
por rudos desengaños combatido,
la esperanza, la fe.... ¡todas sus flores!

Á UN ARTISTA

—

Oh príncipe sin par de la harmonía!
Nos deja oír tu mágico instrumento
ora el susurro de aromado viento,
ya el rebramar de tempestad bravía.

Como un niño muy blanco en agonía,
á veces lanza turbador lamento;
á veces, despertando el sentimiento,
desgrana del turpial la melodía.

¿Dónde tan tiernas notas aprendiste?...
Cantas, y tus acentos, como flores,
llenan de suave aroma el alma triste;

y, huyendo la sombría malandanza,
desciende sobre un carro de esplendores
á besarnos la frente, la esperanza!

Á UNA TRISTE

—

Silenciosos y lentos pasan tus días;
y, como de azucenas el camposanto,
tu espíritu de virgen se puebla en tanto
de profundas y raras melancolías....

Ay! murieron, murieron tus alegrías
y aquellas ilusiones que amaste tánto,
como mueren al beso de rachas frías
las pobres azucenas del camposanto....

Cuando al caer la tarde miras el cielo,
donde cifras ahora todo tu anhelo,
al advertir que sufres, que sufres tánto,

quisiera, en los transportes de mi ternura,
florecer de esperanzas tu desventura,
¡ oh, triste prometida del camposanto!

DE CANTOS ECLÓGICOS

—

CANTA LA AZUCENA:

Tengo un nombre dulcísimo : azucena !
Y porque soy tan cándida y tan leve
finjo, de aromas deliciosas llena,
un frágil cáliz de intocada nieve.

Mi casto hechizo al soñador conmueve;
me aman el querub, la virgen buena ;
y luz de gracia mi blancura llueve
en la imponente catedral serena.

Desmayo de pudor, cuando los campos
tiemblan de gozo á los alegres lampos
que lanza el sol desde su excelsa cuna ;

y de la noche en la quietud bendita
semejo, ilminada por la luna,
un ángel del Señor que ora ó medita !

CANCIÓN DE LA MONTAÑA

—

Mi pie se apoya sobre un mar bendito
de espigas y de flores; y mi frente
húndese, formidable é imponente,
en la cúpula azul del infinito.

Al hondo ensueño y al reposo invito,
porque es de paz mi religioso ambiente;
y el ónix noble y el zafir rïente
duermen en mi regazo de granito.

Y cuando el vendaval amenazante
cual ave apocalíptica desciende
hasta mis vastos y profundos senos,

soy entonces cual órgano gigante
de donde el puño de un titán desprende
una música olímpica de truenos!

LA CASITA BLANCA

—

Casita blanca, que entre los trigales
donde escondida la torcaz se queja,
surges cual una descarriada oveja,
ó como un haz de lirios virginales:

¡cómo me plâce verte en las vernales
tardes sonoras, cuando en tí el sol deja
su último rayo, y en tu humilde reja
muestra el rosal sus flores imperiales!

Te amo, porque evocas mi perdida
niñez, bajo tu sombra transcurrida
y por tus tiernas aves arrullada,

¡casita blanca, que entre los trigales
surges cual una oveja descarriada,
ó como un haz de lirios virginales!

TROVAS INGENUAS

—

Un reloj cantó la una,
y esa hora hirió el silencio
cual la queja de un cristal
que golpeó ágil dedo.

*

En el romántico parque,
á las lisonjas del céfiro,
tiene la triste arboleda
rumor de raso opulento.

Como una gasa intangible,
como un milagroso velo,
sobre las cosas se cierne
místicamente el ensueño.

Finge la luna en la diáfana
inmensidad de los cielos,
gruesa gota de rocío
que resbala por un pétalo.

Resplandecen, como gemas
en fino tul, los luceros:
son sus rayos para el alma
del poeta, dulces besos.

*

Oh! qué encanto indefinible,
qué vaguedad, qué misterio
ofrece el mundo dormido
de la luna á los reflejos!
De blancas rosas se cubre
todo el rosal de mis sueños;
y mi mente se ilumina
con la luz de mil recuerdos.
Son los recuerdos queridos
de mi adolescencia.... Oh, bellos
recuerdos, mágicos lirios
hechos de aurora y de cielo;
que perfumáis el espíritu
como nébula de incienso,
y hacéis decir tristemente:
¡Quién volviera á aquellos tiempos!....

*

En el romántico parque,
á las lisonjas del céfiro,
tiene la oliente arboleda
rumor de raso opulento.

Un sonoro bandolín
súbito vibra á lo lejos:
un aria tierna acompaña
sus cristalinos acentos.

Y entónces, amada mía,
amada, entonce en tí pienso,
y un beso suave te mando
entre los pliegues del viento.

Un beso suave te mando,
alzo los ojos al cielo,
y creo ver tu pupila
en el más lindo lucero.

Y en coro rítmico, alado,
del laúd vuelan los versos
para cantarte al oído
las ternezas de mi pecho,

como vuelan las abejas
de sus panales secretos,
por adular á las rosas
que ornan los verdes senderos!

LAS MANOS BENDITAS

—

Sus benditas manos, sus manos ducales,
vencen con sus dulces blancuras radiosas
á las blancas perlas, á las blancas ròsas,
á los blancos cirios de las catedrales.

En mi alma prenden sacros ideales,
rosados idilios, venturas hermosas,
cuando me acarician en las nebulosas,
en las silenciosas tardes autumnales.

Sus benditas manos, sus ducales manos,
de ternura guardan divinos arcanos,
y un perfume suave, puro, brota de ellas;

Y en mis noches tristes—oh, magno consuelo!—
ante mí aparecen, por calmar mi duelo,
como dos estrellas, como dos estrellas....

NOCHE CARAQUEÑA

—

El cielo azul, azul.... Vagos rumores
de opulentos jardines.... Como una
maravillosa dalia de esplendores,
sobre el Avila alzándose la luna.

Cantares cuyos ecos vibradores
recuerdan la feliz vida moruna;
y los cocuyos, como extrañas flores,
resplandeciendo en la arboleda bruna.

Arpegios de sonoros bandolines,
fragancias de heliotropos y jazmines,
frescas risas, clamor de festivales....

Y, al amparo de rejas y balcones,
abrasando de amor los corazones
las ardientes morenas tropicales!

1901.

EL CANTO DE LA OLA

A don H. M. de la Guardia.

Al capricho de Eolo, siempre errante
sobre el mar sosegado ó turbulento,
desde el ártico polo al bronco Atlante
la comba refracté del firmamento.

Yo ví el rayo terrible y fulminante,
el náufrago bajel, burla del viento;
y ví la fiera tromba retronante,
y temerosas sirtes ví sin cuento.

Del Ponto, entre ciclópeos paroxismos,
ví abrirse ante mi planta los abismos,
llenos de monstruos que no tienen nombre;

pero en mi eterno viaje sin reposo
algo ví más siniestro y horroroso
que todas las catástrofes: ¡el hombre!

LA ROSA Y LA SIEMPREVIVA

—

Una purpúrea rosa
—bella como los labios de una diosa—
resplandeciendo al sol, díjole altiva
á humilde siempreviva:
—" Pálida flor de lánguida figura,
¿no la envidia te inquieta
al contemplar mi espléndida hermosura,
celebrada del ave y del poeta?—
Y suspiró la siempreviva:
—" Oh, rosa,
oh, hermana de la leda mariposa:
no envidia por tí siento;
regias, fascinadoras son tus galas,
y al viento volador tu aroma exhalas,
mas ¡te deshoja el viento!....
Es tuya la beldad, pompa de un día;
es mía la piedad, la tumba es mía.
Y mientras te marchitas en la frente
de la hetaira rïente
en las doradas noches de verbena,
yo, en la quietud del triste camposanto,
del corazón herido por la pena
en mis perennes hojas guardo el llanto!"—

CEDEÑO

—

Al héroe contemplad! Gallardo y fiero
vuela, cual nuevo Cid, al magno embate;
y, semejante á un dios, en el combate
brilla como un relámpago su acero.

Miradlo! El corazón noble y austero
por Patria y Libertad tan sólo late;
nada su arrojo y su constancia abate,
y en luchar y en vencer es él primero.

Miradlo, en fin, en Carabobo! Ruge
—león airado, y con tremendo empuje,
sublime y triunfador, espanta y hiere;

y en rapto de heroísmo que anonada,
rota en pedazos la fulmínea espada,
altivo *el bravo entre los bravos* muere!

FLOR DE ALBUM

—

Como el zafiro de Golconda, azules;
puros como la nébula
del albo incienso que el altar perfuma
en las pascuales fiestas;
radiantes como el astro
que en diáfana laguna se refleja,
son tus ojos, Marión! ¡ oh fresco lirio
de los verjeles vírgenes de América!

Serenos, castos, luminosos, límpidos,
cual los del hada de gentil leyenda,
tus ojos dan á tu semblante egregio
el raro encanto de las tardes bellas;
y á sus miradas la esperanza ríe,
y á sus miradas la ilusión despierta
y florecen las rosas del Ensueño
en una interminable primavera!

Si ríes, son auroras ;
si el fiero dardo del pesar te aqueja,
cielos que palidecen
al beso tembloroso de la niebla ;
mas si tus breves, encendidos labios
una plegaria elevan,
son entonces tus ojos, los de un ángel
arrobado ante Dios....
Lirio de América :
¡ que tu blancura intáctil
nunca, jamás la ofendan
ni el insecto voraz de la desgracia,
ni el ábrego implacable de las penas !

NOCTÍFER

—

Alegres cefirillos inconstantes
repiten en las palmas rumorosas,
la voz con que las olas tumultuosas
arrullan á las playas resonantes.

Fosforescencias vivas y temblantes
surcan el mar....
Cual gemas prodigiosas,
radian en las tinieblas silenciosas
innúmeras luciérnagas errantes.

Repente, Diana, en la enlutada altura
vierte, al abrir el hechicero broche,
las níveas ondas de su lumbre pura;

y sobre el mar indómito al verterlas,
parece el mar, en medio de la noche,
¡un yacimiento colosal de perlas!

LAS OLAS

—

(Pensamiento de Janer.)

Del muriente crepúsculo de oro
á la luz indecisa,
dijo una ola, inconsolable, á aquella
que triste la seguía :
"¡ cuán breve es nuestra vida, compañera !"
y murmuró la otra
suspirando : "¡ también se sufre menos
cuando la vida es corta !"

BALADA DE PRIMAVERA

—

La blonda Esther, la enferma virgencita,
melancólica y pálida,
en su jardín, bajo el cristal magnífico
del cielo azul, donde reía el alba,
rosas y lirios en botón, más blancos
que la inviolada nieve, contemplaba.
—"Madre, ¿cuándo abrirán (Esther decía,
melancólica y pálida)
para adornar tu seno, ó de la ermita
á la Madona santa?"
Al ritmo de la voz del ángel triste,
de la enfermita pálida,
acallaron los mirlos sus gorjeos,
y de la inquieta rama
de un álamo pomposo
mecido por las auras,
resplandeciente gota de rocío
rodó como una lágrima.

*

Esther murió cuando la nueva aurora
los cielos purpuraba;
la ví en su lecho funeral tendida,
muy pálida, muy pálida,
¡y abiertos yá, prendidos á su frente,
los blancos lirios y las rosas blancas!

EL PARQUE EN RUINAS

—

Donde esplendió la nieve de los fragantes nardos
y sonrió el purpúreo triunfo de las rosas,
hoy entre ruinas crecen las hiedras polvorosas,
las polvorosas hiedras y los traidores cardos.

Muda la fuente yace que herida por los dardos
del sol, llenaba el viento de risas jubilosas....
¡ Cómo en el parque impera, entre hiedras y cardos,
la gran melancolía de las difuntas cosas !

La luna, de nacáreos celajes coronada,
asoma la faz triste y en triste luz perlada
inunda cielo y urbe, praderas y colinas.

El lampíride radia cual una gema ardiente,
y un reflejo de aquella luz al besar la fuente
¡ el alma inquieta finge del viejo parque en ruinas !

UN NIÑO

—

Un niño es albo cáliz que castamente empieza
á abrirse á las caricias luminosas del día;
es ave á cuyos cantos florece la alegría
dentro los corazones tocados de tristeza.

Tiene la noble y sacra, la inmaterial belleza
de los querubes blondos que el Omniciente envía
á estrellar de esperanzas la melancolía
de las almas que aflige la mundana impureza.

Del niño en la sonrisa radiante y seductora
toda la magia admiro de la jocunda aurora
que sobre el mar desciñe su policromo velo;

y en sus ojos contemplo, como en profundos lagos
que de las mansas brisas duermen á los halagos,
henchido de atracciones–reproducirse el cielo!

DE «PABLO Y VIRGINIA»

—

La tórtola en quejumbres se desata,
y, entre luceros fúlgidos sin cuento,
atraviesa la luna el firmamento
cual regio esquife de bruñida plata.

El trueno de distante catarata
rueda en las alas trémulas del viento;
y el negro bosque, mudo y soñoliento,
en azuladas nieblas se recata.

Y mientras el rosal abre sus rosas,
aletean oscuras mariposas
y el austero ciprés gime y suspira,

el dulce Pablo—ruiseñor herido—
pronuncia el nombre de su bien perdido,
contempla el cielo.... ¡y sonrïente expira!

PAISAJE TROPICAL

Para Francisco García.

Bóveda resonante es el umbrío
fresco soto nevado de azahares,
donde enreda sus fúlgidos collares
de policromas perlas el rocío.

Abierta rosa de oro, el sol de estío
su luz derrama en inflamados mares;
y á sus mágicos besos sus cantares
las aves alzan y murmura el río.

Al lejos, cual reguero de rubíes,
tiembla al soplo del aura licenciosa
un campo de claveles carmesíes;

mientras al ritmo de su loco vuelo,
una garza magnífica de rosa
fugaz se pierde en el azul del cielo.

MERIDIES

Para Edo. Beltrán Diez

La claridad triunfal del medio-día
dora las cumbres, el espacio inflama,
y sobre los follajes se derrama
del verde soto, en milagrosa orgía.

Irgue su roja copa la peonía,
se aduerme el ave en la sonante rama,
y el lejano torrente desparrama
su profunda, su bélica armonía.

Y mientras el trigal, amplio y sonoro,
columpia alegre sus espigas de oro,
en que su azul la campanilla ostenta,

bajo el soplo de un aura voluptuosa
se pierde la vacada silenciosa
al fin de la llanura somnolenta....

1902.

1814

—

De Urica tras la adversa, fatídica jornada,
la Patria, como el noble Rabí de Galilea,
mientras su cuerpo todo roja sangre gotea,
en cruz ignominiosa y enorme está enclavada.

Del impetuoso Ribas rota yace la espada
que rayo fué de gloria en más de una pelea;
y su cabeza olímpica, de lauros coronada,
se pudre en la picota, que fiero sol dardea.

Bolívar, el Coloso, ya cruza el oceano;
y es su frente una fragua como la de Vulcano;
y ante el futuro abísmase en indecible arrobo....

¡Orgullosas más tarde ondearán sus banderas
en Juncal, Matasiete, San Félix, las Queseras
y en aquel choque de águilas y leones: Carabobo!

RAYO DE LUNA

—

Es un raro joyel de piedras finas
del bosque anciano en la canosa frente ;
en el camino en paz, cinta luciente,
tenue gasa de ensueño en las colinas.

Del río en las corrientes cristalinas
es venero de perlas reluciente ;
tornasol en la espuma del torrente,
ala piadosa en las vetustas ruinas.

Es como rota sarta de brillantes
bajo los palmerales susurrantes
que el mar arrulla con su eterno grito ;

es nácar en el borde de la nube,
¡ y es la escala ideal por donde sube
mi alma á dialogar con lo infinito !

LA TRISTEZA DEL MAR

—

Para Pancho García.

" Soy fastuoso monarca : mi tesoro
" ni en Ormuz ni en Ofir encuentra iguales :
" que en campiñas inmensas de corales
" tengo ríos de gemas, cumbres de oro.

" Mas ¡ ay ! que nunca á la beldad que adoro
" —el cielo y sus lumbreras inmortales—
" podré estrechar entre mis brazos reales....
" encadenado estoy.... en vano imploro ! "

Dijo así el mar, tras formidable grito
que llenó como un trueno el infinito,
sordo siempre al dolor y á la terneza ;

y la faz imponente del coloso
tomó, bajo el crepúsculo borroso,
¡ la inefable expresión de la tristeza !

AL MAR

—

Oh, mar, te admiro, cuando el sol desata
sobre tu inmensidad sus resplandores,
y cuando ocaso—selva de colores—
en tus convulsas ondas se retrata.

Cuando sus puros ósculos de plata
te envían los luceros tembladores,
en tanto que en las playas tus rumores
resuenan cual doliente serenata.

Pero te admiro aun más cuando, insereno,
en tu horizonte azul revienta el trueno
y tiemblas en tu lecho de granito;

mientra en alas del viento cabalgando,
cual grave *De profundis* se va alzando
tu profundo clam or al infinito!

¡MORIR ASÍ!

—

Para A....

No la muerte deseo
del festín en los goces turbadores,
ni en loco devaneo
sobre el níveo regazo de la hermosa,
escanciando la miel de los amores
entre aromas y pámpanos y flores.

Ni en lecho regalado,
de blanda seda y de pomposo encaje
con profusión ornado;
ni en medio de inflamadas muchedumbres
que rindan á mi genio vasallaje
arrojando á mis plantas su homenaje.

Ni como el gran romano decadente,
rodeado de orientales cortesanas,
florecida la sien languideciente
de azucenas tempranas,
y en la mano temblante
el ánfora sonora,
donde el falerno ríe, semejante
á una cautiva aurora....

Caer herido quiero
por la muerte en el campo de pelea,
después de haber blandido
por la patria gentil el noble acero,
sobre el convulso suelo enrojecido !

Caer, caer envuelto en la bandera
que en magnos días tremoló en los Andes
el grande entre los grandes,
á cuya gloria palpitó la esfera ;
así caer, al expirar oyendo,
mientras mi voz acalla,
—épico arrullo—el formidable estruendo
que arranca, entre relámpagos de oro,
á su lira de truenos la metralla !

Después.... sobre mi tumba abandonada
en la glacial quietud del camposanto,
una flor por tus manos colocada,
y en esa flor un poco de tu llanto !

Caracas – 1901.

CLEOPATRA

—

Movible manto azuloso,
el viejo Nilo se extiende;
en vivo fuego el sol prende
el firmamento anchuroso.

Un áureo trirreme hiende
las aguas; íbis precioso
por el éter luminoso
el vuelo rítmico emprende.

Del trirreme turbadores
cantos surgen, y su airosa
vela argéntea al sol se engríe;

y sobre lecho de flores,
Cleopatra, como una diosa
toda desnuda, sonríe!

ROJO

—

Tiene el alba gentil rojos cendales,
y roja ës la espléndida peonía,
á cuyo amparo, en la arboleda umbría,
tocan sus flautas de oro los turpiales.

Y son rojos los mantos imperiales
llenos de centelleante pedrería,
y el preciado coral que el lago cría
en sus grutas de límpidos cristales.

Tiene el verde rosal rojos botones,
mar extraño de rojas proyecciones
semeja ocaso en el gigante cielo;

y dos rojos, dos vívidos claveles,
fingen tus labios húmedos y crueles
en tu rostro de blanco terciopelo!

AZUL

Ciñe clámide azul la mar inquieta,
el zafiro es azul, azul la ardiente
comba del cielo, pura y transparente,
que al sol—diamante vívido—sujeta.

Visten de azul la tímida violeta
y el sereno remanso de la fuente,
do el sauce moja la abatida frente,
y es azul el ensueño del poeta.

La Ilusión es un hada dulce y buena
de azul vestida, que los pechos llena
de suave luz, de amor y de alegría.

Son azules las nieblas vagarosas,
azules las campánulas hermosas,
y tus ojos azules, musa mía!

LA RUBIA

—

En los sedeños bucles ondulantes
toda la luz del sol americano ;
y cada breve, delicada mano,
un manojo de lirios embriagantes.

Púrpura y miel los labios suspirantes,
las pupilas, dos cielos del Ticiano ;
flexible el talle como junco indiano
mecido por las brisas murmurantes.

La sonrisa, un destello de la aurora,
tersa la noble frente soñadora
que beatitudes célicas respira ;

y de la voz el melodioso acento,
¡ la música vibrante de una lira
rozada por el hálito del viento !

LA MORENA

Todo el ardor del Africa en las venas,
y de los rizos la cascada undosa,
más negra que la noche procelosa
que sobre el corazón tienden las penas.

Dulce como la miel de las colmenas
la boca sonrïente y voluptuosa;
y en la fina garganta deliciosa
la esbeltez de las ánforas helenas.

Brunos diamantes los altivos ojos,
cada mejilla un cielo de sonrojos,
un ósculo de amor de la alborada;

y, sembrando esperanzas é ilusiones
en los enamorados corazones,
¡ todo un vívido incendio la mirada !

EPÍLOGO

AUGUSTO MÉNDEZ LOYNAZ

—

Es el poeta. Habla la lengua de las maravillas. Maneja pluma de oro y de rubí: de allí que cuanto escribe semeja rayos de sol y lampos de aurora.

Virgilio le es peculiar: conoce de la confidencia de sus cantos la nota íntima, el secreto de la harmonía....

Es soñador como Heine: su lira refleja la belleza oriental: el perfume de sus estrofas es mirra é incienso en los templos griegos!

Su inspiración es múltiple, fecunda: cuando se le antoja, las más de las veces, resulta originalmente criollo. Entonces templa el arpa y vuela—trinando como la alondra—por el

cielo azul de nuestros bosques: los lirios le sonríen; los arroyuelos le saludan con sus ritmos!

Sus estudios sobre Romanace, Paolo, Robles, Marín—bardos eternamente llorados por la musa americana—revelan sus profundos conocimientos del alma nacional: es un psicólogo maestro cuya estética emana del sentimiento, que es el arte.

Su prosa brilla como joya acabada de salir del taller: tiene imágenes y giros y caprichos que sólo gastó Martí cuando enriqueció el idioma que es gloria de Castilla.

¡Salve al poeta!

Cumaná: 12 de febrero de 1905.

F. J. Aguilarte.

ERRATA

—

En la composición titulada *"Ojos negros"* de la página 35,

donde dice : « á anidarse en mi alma
llegan risueños »

léase : « el cielo de mi alma
cruzan risueños.»

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT
1990-92

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00039968197